
Memorial en favor de la perplejidad

Eduardo Alonso

(Universitat de València)

perplejo, -a. (Del lat. "perplexus") Confuso o vacilante; sin saber qué pensar, cómo salir de una situación embarazosa o cuál elegir entre varias cosas o decisiones posibles. (V.: CONFUSO, DESORIENTADO, DUDOSO, sin SABER qué decir.)

Desde la primera vez que oí el título de estas Jornadas se me cruzó un alejandrino machadiano. "Al borde del sendero un día nos sentamos", quizá porque no hay otra manera de contemplar una dimensión del tiempo que no sea una extensión de espacio, con un mojón en el camino, con ceros que predisponen al recuento y al inventario, ceros que son signos de la nada y de la plenitud, del fin y del infinito. Hay un momento de nuestras vidas en que dejamos de contar por unidades y pasamos a medir con redondos ceros: los treinta, los cuarenta, los... "Al filo del milenio un día nos miramos..." y vemos la estela que hemos ido dejando, lo que fuimos y no somos, lo que fuimos y aún somos, lo permanente en lo fugaz, que decía Borges.

Hoy, instalados en el presente digital y súbito, esta contemplación sólo produce vago malestar. No sólo hay *pensiero debole*, sino sentimiento liviano: desasosiego e incertidumbre. No se siente una condición angustiada del hombre ni causa indignación la perversidad de casos que acaecen. Acaso porque al filo del milenio se le ha desollado el rabo al tiempo, eliminamos de nuestra mirada el antes y el después. Pero yo soy de los que llevan el reloj de siempre, el que ofrece una dimensión relativa, de más y menos, no el que da la hora digital y japonesa, súbito, sin agujas, sin dimensiones. Se le ha desmochado al tiempo su duración y sólo marca la pulsación efímera del instante. Cuando preguntamos a un crío qué hora es, nos contesta con naturalidad: las 18,43. Antes sólo hablaban así los factores de ferrocarril —¡qué gran palabra: *factor!*—, y, además, aquellos enormes relojes redondos de las estaciones solían pararse, tenían el cristal roto y se sujetaban las entrañas con un par de tiras de esparadrapo. El tiempo hiere. El tiempo, ese gran escultor, dijo Margarita Yourcenar.



— Oye, Vanessa, guapa —porque los niños ya no se llaman Pedro, Vicent, María, Amparo, sino Miriam, Iván, Desirée...—, ¿a qué hora te has levantado?

Y Vanessa nos responde: a las 7,56. Tremendo. Nos cobijamos bajo el paraguas del presente y detrás de mí, el diluvio (aunque en este país, como no llueve, el desierto). Hemos sustituido los relojes de péndulo y los relojes de aguja en los que el tiempo era una extensión, incluso una duración bergsoniana, por la pulsación Seiko Quartz, desposeída de memoria, desprovista de la intriga de lo que va a venir. Por eso el futuro no aterriza, carecemos de miedo a las postrimerías, instalados en la suficiencia del ahora nos limitamos a la suficiencia del aquí. Anclados en el instante, fondeamos en el espacio más inmediato, caseros, tribales, autonomistas, nacionalistas, patrioterros de la inmediatez, terraplenando el corazón de bienes patrimoniales, de modo que la identidad es número —*som sis milions!*— un plato totémico de arroz —¡la paella es nuestra, che!—, muy muy autonómicos —¡el Ebro es mío!—, en fin, blindando la puerta contra los *okupas* del tercer mundo y extendiendo visados a la memoria. Y de ese descrédito de la memoria cultural y de la mirada en el tiempo nace una ética digital, la imposibilidad de la inocencia, la carencia de culpa y de remordimiento, la irresponsabilidad ante lo que hagamos del mundo, la incapacidad para el asombro y el espanto.

Pero la memoria no la debemos dormir. Hoy no se sacan conclusiones de nada, excepto los doctorandos en sus tesis, pero si hubiera que reivindicar algo de estos debates, habría que reivindicar la capacidad de asombro y de horror, no por las postrimerías, como nos ocurrió cuando veíamos acercarnos el primer milenario, sino por la conmemoración. Para la literatura digamos menos conformista, la que, como esas maniobras de los barcos, consiste en una operación de limpiar fondos, toda conmemoración tiene algo de elegía. Me pregunto si no se despoja de dignidad a la memoria cuando, tanto a la propia como a la histórica, se le rebaja su sentido trágico. Tantas efemérides se despachan con fastos y brindis, los programas de televisión compiten por la máxima audiencia, con concursos memos y risas enlatadas para que los tontitos espectadores sepamos que aquello tiene gracia, rescatando la risa más cateta de este país, el *landismo*, el tiempo mediocre de la represión, los “vídeos de primera”, esa tradición de ignorancia y basta sensibilidad, mechado todo ellos con violencia gratuita, sin discriminar el jajajá del jijijí, de modo que no sólo se confunden la comedia y el drama, se falsifica la risa y el dolor, se adultera lo grave y lo jocoso, sino que nos volvemos insensibles al horror; la sangre del telediario nos parece tomate Apis de toda confianza. Abrumados por el exceso de información y la cultura del espectáculo, perdemos la perspectiva compleja de las cosas inmediatas, y nos desposeemos de memoria. No somos responsables del pasado, nos advierte Wiesel, pero sí de cómo lo recordamos. He aquí una tarea del escritor y del intelectual: poner por testigo a la memoria. La cultura del olvido es cobarde y envilece. Es un inquietante peligro. ¿Cómo ser intelectualmente pesimistas si olvidamos? La capacidad de no olvidar es lo que permite mantener vivo el pesimismo mental, sin el cual no debe ser



fácil entender el presente. Gramsci proponía pesimismo conceptual y optimismo en la acción —citar hoy a Gramsci no deja de ser una evocación dura—, aunque sospechamos con fundamento que se trata de un imposible. Como siempre ha sucedido, los que actúan no piensan, y los que piensan no actúan o no saben actuar. Pero más grave aún es que quienes actúan no escuchan a los que piensan. Los reyes antes tenían al bufón que le soltaba las verdades del barquero. Hoy los activos contratan asesores de imagen.

Cambalache, problemático y febril

Al filo del milenio un día nos sentamos, para mirar este siglo cuya definición aventuró hace muchos años el tango: “siglo xx, cambalache, problemático y febril”. Es la perplejidad ante la dimensión de la existencia propia la que nutre a algunos novelistas, por más que inventen patrañas aplicadas a tipos con nombres ficticios o históricos. Y desde esa perplejidad sobre cuatro o cinco cosas —el amor, el tiempo, el deseo, la insatisfacción...— se proyecta una visión inconformista de la realidad histórica. Definir el siglo como cambalache es sabiduría fatal del tango y reconocimiento de la atrocidad. El balance milenarista tiende a lo apocalíptico, pero la memoria histórica acumula evidencias de tanta crueldad, que otros hechos más remotos sólo fueron tarea de aprendices, ensayos de novicios, pues no tenían una repercusión tan fulminante y multitudinaria: guerras del siglo xx, hambrunas, pestes, genocidios, torturas, manipulaciones de conciencia, depredación de la naturaleza... Y todo ello ocurre con tal celeridad que guardamos el equilibrio del vértigo, como los derviches cuando danzan. ¿Saben ustedes cómo era el mundo hace sólo tres años y medio, con el muro de Berlín, el telón de acero, la URSS...? Gira el mundo tan veloz que nos aferramos a la butaca y al mando a distancia y a cuatro pequeñas cosas exquisitas y triviales, contemplando en directo la guerra del Golfo. Cualquiera día de estos nos retransmiten “en vivo” la violación de unas mujeres bosnias, y en tu pantalla amiga verás un rally de pateras o la fecundación de un óvulo de mandril hembra con un espermatozoide de un premio Nobel, premio Nobel de Economía, claro, y graduado en Yale. ¿Saben ustedes que los borregos de la Patagonia se quedan ciegos por falta de ozono? En el año 2000, cuando no quede un árbol en esta Comunidad, habrá excursiones al Pirineo para ver un chopo o un abedul. Cierto, cierto que este siglo tiene la cara más radiante y creativa, inventó el *sport* y la suprarrealidad, excavó las galerías del subconsciente, redescubrió el placer y el juego, liberó el cuerpo, extendió la bagatela, redimió cotas de analfabetismo, escribió Valle-Inclán, pintó Picasso, hizo cine Visconti, y tenemos a la fría y abrasadora Catherine Deneuve en la videoteca —y en el recuerdo, desde que la vimos en el cine con un paraguas en Cherburgo.

En resumen, no es fácil enfrentarse a tanta calamidad y a tanta posibilidad de



bienestar. En tiempos de turbación, como decía San Ignacio de Loyola, no hacer mudanza. Se mete la conciencia en el congelador y se cambia de canal. Cuanto más dominamos la espacialidad y la instantaneidad, más se acorazan los espacios propios. Todo, incluida la literatura, cae en el minimalismo. Se han desmantelado las siderurgias, los astilleros ideológicos y el pensamiento duro. Soplan brisas leves de aleva abanico espiritual –palabra esta, por cierto, en desuso–. Es el triunfo de lo pequeño: el *spot*, el eslogan, el disquete de 3 pulgadas y media, el bonsái, el potito, el chip, el *squash*, la columna periodística, la gota de perfume, el cuento, la novela y el príncipe Carlos de Inglaterra convertido en *tampax*. ¡A los adentros! Son tiempos de ensimismamiento gimnástico, racista, nacionalista. Tal vez el desconcierto finisecular, el repliegue individualista, la incertidumbre, la indefinición de límites entre ortodoxia y heterodoxia, creencia y conveniencia, teoría y praxis (como decíamos antes), se han producido como resultado de la pérdida de trascendencias y de la otredad. Sin consuelos ni tormentos ultraterrenos, es decir, ultramomentáneos, sin la necesidad del Otro (Dios, Lenin, el Che, Franco o lo que se llamaba el Prójimo), con quienes se establecía una relación de alianza o enemistad, sólo quedan ídolos y demonios de bazar. La parábola más habitual comienza así: En verdad en verdad os digo que el reino de los cielos es semejante al Corte Inglés. El alma se serena, Salinas, cuando vemos liberar a un cormorán rebozado de petróleo en el Golfo Pérsico, tras la guerra contra Sadam Hussein, y los claros clarines de los aqueos desfilan por la Quinta Avenida. La romanización del vencido consiste en convertirlo en consumidor y cliente, ciudadano de MacDonal. Sin un cierto pesimismo intelectual, ¿cómo conservar viva la capacidad de indignación?

Créditos y descréditos

Como saben, están caros los créditos. Al fin de siglo se amplía la brecha de incredulidad con que se entró en el xx. La desacreditación de trascendencias se vivió con angustia y se formó una conciencia existencial nihilista, atormentada y nauseabunda. Hoy se sobrelleva tal desposesión con relativa tranquilidad, como dirían los lingüistas, Dios es un archifonema o un rasgo no marcado. A principios de siglo se iba “haciendo el unamuno”, proclamando la necesidad que la razón negaba, o en los casos menos estruendosos, asomándose al pozo de la intimidad –intrasubjetividad, dice Bousoño–. Tal introspección descubrió el insondable pozo del yo, la dimensión psicológica del tiempo, la enajenación del obrero en la cadena de montaje, el desasosiego, el absurdo, el enigma de la identidad. El yo iba con su sombra y su heterónimo: Machado, Pirandello, Pessoa. Al cabo del siglo, la mutación parece ya confirmada, la atrofía de eternidad, la reducción del absurdo a la incertidumbre, la caída de las fronteras entre lo que se tenía por verdadero o falso, el bien y el mal, ortodoxia y hetero-



doxia, lo crudo y lo cocido de Lévi-Strauss, proletario y patrono; en los años 20 todavía el novelista se creía obligado a actualizar el mito, su imposibilidad, es decir, su contrahechura: el mito *sub specie temporis nostri* es la tarea emprendida por Joyce; hoy los mitemas están en los catálogos publicitarios, y todos sabemos dónde está el Edén: lo despachan las agencias de viaje. Últimamente cae por Cancún. Los héroes clásicos no van a la calle del Gato –por fortuna este país ya no parece una grotesca deformación de la cultura europea, bueno, no sé, no sé–, pero viajan en chárter.

¿Qué pinta en este panorama el novelista? ¿Qué realidad ha de novelar? Desde hace quince años la novela española, plural y libre, ha perdido toda vocación de plasmar la realidad dura exterior. Ni paro, ni terrorismo, ni marginación –fuera de cuatro pinceladas en novelas de género ubicadas en Vallecas o en la Ramblas, con algún interés sociológico, quizá, y escasa verdad artística–. Hubo un tiempo en que pintar lo feo, escribir sobre la realidad cruda y sucia, conseguir que la materia más deleznable se trasmutara en pieza de museo, fueron formas de disidencia y rebeldía. Pero eso acabó cuando acabó. Con la lata Campbell en el museo, el calcetín roto de Tapies, el lenguaje ramplón de las novelas policíacas, la publicidad de Benetton, los vaqueros rotos de nuestros hijos, y cosas así, se superaron escalones de la capacidad de asombro. Estragados por la abundancia y zarandeados por el vértigo de las modas, mezclamos las churras con las merinas, lo festivo y lo patético, lo exquisito y lo cutre, lo auténtico y lo falso, la dama vienesa y el mono. A las puertas del Corte Inglés, aprovechando el chorro de aire acondicionado y la brisa de perfumería Giorgio Armani que sale de la puerta, limosnea un hombre muy aseadito y peinado, de rodillas, los brazos en cruz y la cabeza humilde, con un cartel colgado al cuello que da cuenta del número de hijos y de su condición de parado. Hay que decir que reconforta observar que sus rodillas no están sobre el duro adoquín sino sobre cojines guateados, aunque de lejos semeja el fusilado del dos de mayo pintado por Goya. Son tiempos de contraste. Los de mi generación al menos, vamos con un disco duro en la memoria, un progre barbudo en el recuerdo, una mancha de grasa en la conciencia. En las revistas satinadas del domingo, el drogata de jeringuilla alterna con lo más plus de la pasarela, el famélico somalí con la receta gastronómica, las chichas de la duquesa de Alba con la entrevista al *number one*, y hay quien tiene de mayordomo en La Moraleja a un ingeniero polaco. Hay así una convivencia monstruosa de lo propio y de lo ajeno, lo casero y lo externo. Mientras se cultivan bonsáis en los invernaderos del alma, se arrasan los bosques del Tercer Mundo. En casa limpios como una patena, en la calle la lata de cerveza, la colilla y la meada. A solas soy alguien, en la calle nadie, decía Celaya. Estos contrastes y equilibrios entre el esplendor y la mugre, la extravagancia y la necesidad, sin saber dónde acaba lo sublime y lo mediocre, la utilidad y el capricho, la noticia y la publicidad, no sólo son formas finiseculares de una estética neobarroca, que dicen los italianos, sino un modo de supervivencia. Entre semana tiburones, el domingo cuidadores de geranios. Este es el vals azul al filo del milenio.

Y quizás de ese *totum revolutum* que he expuesto, como veis bastante acumulativo, puede nutrirse un fondo de insatisfacción que encuentra en la ficción de historias alivio. Porque vamos un poco por ahí de novelistas históricos o de personajes que se arropan las entretelas ateridas de una vaga impresión de dolor por no sabe muy bien por qué. La torrentera de información, estadística y propaganda con las que conocemos la realidad desplaza el papel de la literatura. En una sociedad libre, con muchas posibilidades de ocio y de ficción, si la literatura no busca el instinto básico de *bestseller*, puede ser un placebo, dar un efecto consolador de la menesterosidad sentimental, en definitiva, darnos la ilusión de mayor libertad íntima. Ilusión de libertad íntima, antes de que nos estampen un código de barras en la frente. He ahí el aliciente, el yo incierto, el recoveco neblinoso de la intimidad, en la acepción tradicional de la palabra *íntimo*, no la vigente, pues ahora las prendas íntimas no son entretelas del yo, las enfermedades íntimas no son acedias del espíritu, los perfumes íntimos no olean los hondones del alma. Enseñar las intimidades es quedarse *in puribus*, o al menos en bragas. Como, además, la literatura se está convirtiendo en lencería cultural fina, de unos pocos, no es de extrañar que la concibamos como prenda íntima, compresa cultural del alma para desde la incertidumbre interpretar hoy muchas cosas que pasan, y todavía no ser indiferentes a la monstruosidad de tanto cachivache, a la depredación de la naturaleza y al dolor de tanta gente. La perplejidad sea con todos nosotros. Y la memoria, no la debemos dormir.

